

LA FILOSOFÍA EN EL CARIBE INSULAR (O SOBRE LAS RAZONES DE CALIBAN)

PHILOSOPHY IN THE CARIBBEAN (OR ABOUT THE REASONS OF CALIBAN)

Félix Valdés García

RESUMEN

Aunque el pensamiento eurocéntrico y las disciplinas e instituciones académicas modernas desconocen la existencia de una filosofía caribeña, es posible demostrar que esta filosofía existe y se ha expresado en el ensayo, la literatura y la oralidad de los pueblos de la región. Si bien en el Caribe no se han escrito tratados filosóficos, sí se ha reflexionado a profundidad sobre temas como: el problema del negro y la raza; la identidad, la caribeñidad, la antillanidad; la revolución y el sujeto de la misma que se universaliza como sujeto del cambio en el tercer mundo; la historia; la magia y la religión caribeñas; la insularidad. Todos estos desarrollos conceptuales están presentes en las diversas culturas y lenguas de la región, lo que lleva al autor a concluir que sí existe, efectivamente, una filosofía del Caribe.

Palabras clave: Filosofía Caribeña, Eurocentrismo, Calibán, Caribeñidad, Antillanidad.

ABSTRACT

Although Eurocentric thinking and modern academic disciplines and institutions are unaware of Caribbean philosophy, it can be shown that this philosophy exists and is expressed in the essay, and oral literature of the peoples of the region. While in the Caribbean have not been writing philosophical treatises, it has reflected in depth on topics such as: the problem of black and race, identity, Caribbeanness, the Antilleanity, the revolution and the subject of change in the third world, the history, the Caribbean magic and religion; insularity. All these conceptual developments are present in different cultures and languages of the region, leading the author to conclude that there is indeed a Caribbean philosophy.

Keywords: Caribbean Philosophy, Eurocentrism, Caliban, Caribbeanness, Antilleanity.

Félix Valdés García. Licenciado en Filosofía por la Universidad Estatal de Bielorrusia, Minsk (1985). Master of Arts en Filosofía y Lic. En Idioma Ruso por la esta universidad. Profesor titular adjunto de Filosofía (2003). Es Director del Instituto de Filosofía de la Habana e Investigador Auxiliar. Se dedica al estudio de la filosofía cubana, caribeña y latinoamericana. Es el editor principal de este portal, de la Revista Cubana de Filosofía y de la Biblioteca Virtual de Filosofía y Pensamiento Cubanos. Correo electrónico: s/c .

Conferencia recibida en abril de 2012 y aceptado en septiembre de 2012.

Próspero le dio el lenguaje a Caliban y con ello una historia tácita de consecuencias, una historia desconocida de intenciones futuras, mientras cree que Caliban puede aprender hasta un punto y no más –dice el escritor barbadense George Lamming [1]. Sin embargo Caliban, símbolo de los pueblos del Caribe, como considera Roberto Fernández Retamar, ha sabido dimensionar esta dádiva de Próspero para dejar un pensamiento de consecuencias e intenciones que merece ser diferenciado y visible, sobre todo sus razones, su filosofía, la cual permanece ausente de planes de estudios, enciclopedias y repertorios tanto en el continente nuestroamericano, como en las islas.

Para muchos, considerar una filosofía en el Caribe puede resultar desacertado. Y es que víctimas de las sutilezas de la perspectiva moderno-ilustrada instruida por el colonizador, ajenas la mayor parte de las veces a nuestras realidades, se ha desconfiado de la capacidad para pensar abstractamente, para conceptualizar y aprehender nuestro mundo, diferenciar nuestros universales, concebir modelos teóricos que sirven para comprenderlo.

Entre las razones principales que impiden distinguir un tipo de pensamiento filosófico caribeño están: la embestida de la perspectiva eurocéntrica, la imposición de dinámicas académicas y la diferenciación disciplinar y “disciplinada” del saber. Estas tres grandes razones hicieron reproducir, en el limitado o casi nulo ámbito académico regional, las “filosofías” dadas por ciertas y únicos modos de hacerla: la de corte europeo-occidental. Es frecuente encontrar la “leyenda” repetida con frecuencia, según la cual, la filosofía “llegó” a América, en la cubierta de galeones, de manos de los clérigos y teólogos españoles, en libros amparados de la humedad y el salitre, que traían esas buenas nuevas al mundo nuevo.

La formas de pensar críticamente los modelos impuestos, o sobre las realidades insulares, ha sido relegada de la magistral de la filosofía, impidiendo distinguir, estudiar o estimular con legitimidad nuestras formas de pensar. ¿Dónde está nuestra filosofía? – se preguntaba el joven estudiante de Antigua, Tim Héctor, en ese afán por encontrar un camino seguro sobre el cual fuera posible edificar y pensar la independencia política, cultural de las islas del Caribe anglófono, a inicios de los sesenta, tiempo en que se luchaba por la independencia de estas pequeñas ínsulas.

Pero no es cosa aislada, el estrangulamiento ha sido tan sutil, que ni a los pueblos indígenas, africanos o del mundo asiático, se le ha dado la posibilidad, en la rígida lógica en que se da el conocimiento, de considerar posible una filosofía más allá de aquella aprendida al dedillo, iniciada en Grecia y culminada o en desarrollo en el mundo franco-alemán o anglo-americano.

El predominio de una perspectiva histórica, “naturalizada” y hecha hegemónica, responde al etnocentrismo euro-occidental, o el eurocentrismo, afianzado definitivamente con la Modernidad, la Ilustración y el dominio a escala global del sistema capitalista mundial, que se afianzó sobre una visión específica de progreso, desarrollo y civilización, de lo cual la filosofía se hizo cómplice, o ingrediente esencial. Todo lo que transgrede esta visión es apartado o tenido a menos.

El sistema hegemónico de poder colonial, o imperial (para utilizar la expresión de Juan Bosch, un pensador caribeño), se vale de herramientas a su disposición. Una de ellas es la diferenciación del saber, en distintas disciplinas o la disciplinariedad del conocimiento y su institucionalización, que se garantiza en la vida académica profesional por medio del ejercicio del oficio. Ello genera determinadas dinámicas, las cuales responden a la perspectiva dominante (imperial, colonial), del capitalismo hecho sistema y trasladada a su periferia, que aniquila cualquier otra forma anterior o simultánea de saber, dado en otro contexto. De ello, filosófico es aquel saber validado por la academia y el oficio, que se mantiene dentro de “lo establecido”. Las formas exteriores –es decir, aquellas que están fuera de las dinámicas de la academia y la disciplina– son problemáticas y difíciles de ser ubicadas dentro de alguna tendencia o corriente, o propiamente dentro de la filosofía, máxime si estas son creación de intelectuales ajenos a una universidad, academia o gremio. Y ni que decir, si no es texto escrito, letra impresa, disponible en los catálogos de las bibliotecas.

Vaya extravagancia –se diría en esta lógica– hablar de un pensamiento filosófico en el mundo haitiano, de una filosofía criolla, como de aquella que discurre en el ensayo, la poesía, la literatura y otras formas de expresión cultural, de un pensamiento, una

cosmología, una axiología, en otras formas que no sean minuciosamente escritas por medio de conceptos y modelos traídos por el currículo universitario. Nada tiene que ver la oralidad o aquellas formas anteriores o simultáneas de conceptualizar, interrumpido por la violencia de la empresa colonial, o por la tremebunda trata negra y la esclavitud, que quiso sofocar las nociones de pueblos diversos, en un determinado grado de desarrollo social en diferentes regiones del mundo africano, arrastrados violentamente a estas márgenes.

Indudablemente, la filosofía ha tenido su inocultable recorrido histórico y se constituyó como una forma de pensamiento específica, una actividad o un tipo de teoría, también un oficio y una disciplina de límites precisos, con su lenguaje y sus conceptos en dependencia de la tendencia discursiva. Pero sobre todo, la historia aprendida, es la historia montada por la empresa justificativa de la lógica del dominador, con raíces en el romanticismo alemán, o en la Ilustración, que justifica el proyecto europeo.

Ciertamente la filosofía es resultado de la aprehensión y la decodificación teórica de la realidad que se conoce. Lo material se hace ideal, y aparecen formas de universalidad en la que esta se expresa, se captan los nexos y las regularidades comunes del mundo y del pensamiento mismo [2]. Si vamos al debate en torno a su naturaleza como forma de conocimiento, nos podemos auxiliar del modo cómo el propio Hegel, máximo exponente de la perspectiva eurocentrada, se refiere y la define, para de ahí pasar, desde esta lectura, a exponer el modo como ella se ha dado en el Caribe.

Hegel considera que la filosofía tiene como objeto la verdad en el sentido más amplio de la palabra, reflexionando sobre el reino de lo infinito, de la naturaleza y del espíritu humano. El conocimiento de los objetos de la realidad por ella, pasa de la conciencia que se forma representaciones de los objetos hasta llegar a los conceptos. Es decir, que puede definirse como “la consideración reflexiva de los objetos”, como “un modo peculiar del pensamiento”, un modo por el cual “*el pensamiento se eleva sobre el conocer y el conocer se da por medio de conceptos*” [3].

Para el pensador alemán, la filosofía pone en lugar de pensamientos y reflexiones, “*categorías y más propiamente conceptos*”, y considera que esta es la capacidad humana de “*pensar abstractamente*”, más allá de la “conciencia ordinaria” donde los pensamientos están revestidos y ligados con la habitual materia sensible y espiritual, y se mezclan “sentimientos, intuiciones y representaciones con pensamientos” lo cual es muy distinto de “tomar propiamente como objeto los pensamientos por si mismos sin mezcla alguna” [4]. La filosofía es así “ese modo peculiar de conocimiento”, esa reflexión necesaria que “transforma sentimientos, [y] representaciones en pensamientos”.

Al mismo tiempo, en el resumen de su concepción señala que a pesar de que la filosofía se alza sobre la realidad, su contenido es la realidad, mientras en ocasiones se considere por el intelecto a la idea separada de la realidad, como si las abstracciones con su deber ser, fueran ajenas a ella. Y si la filosofía trata tan solo con la idea, esta tiene que habérselas con la realidad, de la cual los objetos, instituciones, condiciones, son solamente el lado exterior y superficial. “Nada hay en el intelecto que antes no haya estado en la experiencia” y la filosofía debe su origen a la experiencia en la medida que es su negación, igual que al comer destruimos aquello a lo que nos debemos [5].

¿No podemos entonces “transgredir”, “indisciplinar”, y develar esos modos peculiares del pensamiento insular, cuando vemos que hay una obra de pensamiento que “se eleva sobre el conocer” y este conocer “se da por medio de conceptos”, en “*categorías y más propiamente conceptos*” que se levantan sobre nuestra realidad? Hay otras formas de expresión, no como actividad profesional específica o como disciplina estricta, sino como reflexión, como teorías y conceptos de máxima generalidad, universales que expresan el desarrollo de una cultura determinada.

Sin dudas, en autores de la región, difíciles de encajar en una tradición disciplinar de bordes precisos, hay una obra de pensamiento, de tipo filosófico, justo cuando buscan la génesis, la historia, las realidades culturales, lingüísticas, mítico-religiosas, las memorias, las tradiciones llegadas y afincadas en un mundo fracturado, sumergido, roto en pedazos que luego no se reconocen unos y otros, justamente porque no es de interés de los imperios

coloniales. Si volvemos atrás, advertimos conceptualizaciones, que si medimos con buen molde de sastrería occidental, no son filosofía porque algunas permanecen en la oralidad y no en los archivos tangibles, están en la cosmovisión mítica religiosa de un haitiano o un yoruba, o fueron desarrolladas en obras no estrictamente “filosóficas” por antropólogos, poetas o escritores. A lo sumo, desde las posiciones del prejuicio aprendido, tendrían que ser consideradas como un pensamiento en germen, perteneciente al pasado de la “civilización”. Tendría que existir idea sistematizada, pues la filosofía se hizo empresa científica moderna y requiere del documento escrito como condición de su existencia.

Y nada más equivocado, pues falta describir con intención marcada la cosmología, la cosmovisión implícita en las nociones míticas religiosas de estas comunidades mezcladas y transculturadas, para percatarnos de la capacidad reflexiva y de un tipo de saber diferente. Sin embargo, ajustémonos a la obra de intelectuales de la región, tomando de forma aislada a unos y otros, de una u otra región, para justificar la perspectiva que se defiende. En el limitado espacio del archipiélago caribeño se da la obra reflexiva, diversa, crítica, de intelectuales tan universales como caribeños [6].

En el Caribe hispano insular, tal vez la región de mayor tradición académica, (la primera universidad del Nuevo Mundo fue constituida en Santo Domingo en 1538) conoce de varios pensadores, algunos considerados filósofos, asumidos en estudios que compendian su obra con mayor sistematicidad, sin embargo, hay muchos otros ausentes de tales estimas. Tomemos el caso de Jorge Mañach, de Cuba, quien de 1940 a 1960 se desarrollara como catedrático de historia de la filosofía de la Universidad de La Habana, sin embargo, su reflexión, o su ensayo de mayor trascendencia, incluso fenomenológica, haya sido publicado doce años antes, en 1928.

Él, aguijoneado por sus contemporáneos explica un fenómeno de su tiempo, una enfermedad que aquejaba los inicios de la república que quería ser, y resultaba frustrada; el choteo. La república desustanciada se sacudía del dominio colonial español y quedaba convertida en una realidad económica dependiente del imperialismo económico, en una isla con un “fuerte olor a caña”. Se requería entonces de una “limpia” necesaria como diría

Ortiz, de “poda y chapeo” del “yerbazal venenoso” contra lo caduco, la retórica, la vulgaridad, la cursilería, contra las mayúsculas y a veces contra la sintaxis. El fenómeno del choteo se hace preocupación de intelectuales y se acude a buscar sus causas en es rédito de tomar a la ligera todo lo tenido como serio y venerable [7].

La vida republicana a veinte años de la ruptura con España era un arsenal de sucesos de politiquería que se recogían tanto en la prensa, como en el teatro, la música, la gráfica, y todo se asumía con falta de seriedad, como choteo, o como mecanismo de escape, de descongestión, de defensa, de aligeramiento de las situaciones que dominaban. Mañach se vuelca al minucioso estudio de un fenómeno que describe y conceptualiza, justo como modo para aprehender la realidad nacional cubana a inicios del siglo XX.

El choteo se convertía en un mecanismo de resistencia al poder formal, a la jerarquía impuesta, a la moral falsa, a la fanfarria y el divorcio, a la no coherencia y provenía de la herencia de réditos africanos, de mecanismos como el látigo, de la resistencia y la adaptación. Por este tiempo se hace distintivo del cubano y tiene que ver con su carácter extravertido. Mientras tanto, en el mundo, es tiempo de desarrollo de la sociología, de crítica al dominio del positivismo, de autoridades como Simmel, Bergson, Freud, de auge de la psicología que estudiaba la risa. Es tiempo en Europa de fenomenología en filosofía. Entonces se apela a lo menudo, “a las cosas mismas”, a los hechos de la conciencia, a la vida de las cosas, más allá de las grandes construcciones especulativas de la realidad.

¿Serán estos resortes, espuela para el pensador cubano que dialoga con ello y le preocupa la jáquima y el caldo cubano? Se hace necesario explicar quienes somos, que nos distingue y se inquiere por la identidad. Mañach se da a la indagación de un modelo de interpretación de la realidad pequeña, de las circunstancias, de lo latente, lo familiar y tenido a menos, por ser aparentemente poco serio y baladí. Hay una relación, un modo de ser, que dado por conocido, se le desconoce –afirma Mañach. Estudiarlo es empresa gravosa, pues es evasivo y multiforme. El autor lo define de modo rápido y operativo: Es la capacidad de no tomar nada en serio, tirarlo todo a relajo, es repugnancia a la autoridad física y del saber. Esta

actitud se erige en hábito, se hace enfermedad transitoria que puede ser ligera o incisiva, justo cuando quiebra el sentido de la autoridad.

El estudio le hace diseccionar un fenómeno y valerse de un concepto para aprehender la realidad y lo propio. El choteo no es entonces burla, ni sátira, ni ironía, ni tampoco es humor. Es enemigo del orden porque este es jerarquía y autoridad. Es enemigo del prestigio y exceso de familiaridad. Tanto la ligereza (no gravedad) como la independencia (no autoridad) son el cado de cultivo del fenómeno que se estudia y sirve de concepto de modelo para referir una realidad: la idiosincrasia criolla, un peculio psíquico tropical. Y es que con él nos salvamos o nos condenamos –afirma el pensador.

Según Mañach, resultado de su indagación, se asume una función crítica saludable, pues no todas las autoridades son lícitas ni deseables. Es recurso de los oprimidos, amortiguador ante los choques de la adversidad, muelle para resistir las presiones políticas molestas, escape de impaciencia y un descongestionador eficaz, al rebajarle importancia a las cosas. Cuando el espíritu criollo se ve amargado por una autoridad falsa o poco flexible, huera o improvisada, excesiva, se dispara, con su arma, que es la trompetilla, esa especie de saeta que da en el blanco y que no es dardo, sino es “polvillo de molida guasa”.

El pensador cubano, solo nos muestra que estudiar estas circunstancias, este hoy y aquí, implica buscar un concepto, para captar la realidad, tal como han hecho los griegos, los alemanes o franceses, solo que estos nos han dado sus remedios como universales de todas las prácticas y realidades.

Otros intelectuales del Caribe insular hispano, han adelantado nociones y modelos teóricos que permiten estudiar la realidad insular. Tales son los casos de José Martí, o Eugenio María de Hostos, Fernando Ortiz o Juan Bosch, quienes han hecho pensar desde conceptos que adquieren su contenido preciso en estas circunstancias, pese a su universalidad, tales como independencia política, emancipación, patria, decoro, o ya más caribeñizados, transculturación, mestizaje, frontera imperial, o las historia del Caribe como la historia de Caliban.

Juan Bosch, político e intelectual dominicano, para explicar la historia del Caribe deja otro concepto, o modelo: frontera imperial, con el cual pasa de la historia factual, exacta y minuciosa para la ciencia social establecida, a una interpretación de la historia y la realidad caribeña desde un concepto que da posibilidad de aprehenderla en sus cinco siglos. Con un análisis multilateral del fenómeno va, a pasos agigantados, a describir cómo ha sido este fenómeno histórico. “El Caribe está entre los lugares de la tierra que han sido destinados por su posición geográfica y su naturaleza privilegiada para ser fronteras de dos o más imperios. Ese destino lo ha hecho objeto de la codicia de los poderes más grandes de Occidente y teatro de la violencia desatada entre ellos” [8].

De este modo, a Bosch le interesa más el esquema, que el ajuste preciso que hace de la lectura histórica. Para él “...la historia del Caribe es la historia de las luchas de los imperios contra los pueblos de la región para arrebatarles sus ricas tierras; es también la historia de las luchas de los imperios, unos contra otros, para arrebatarse porciones de lo que cada uno de ellos había conquistado; y es la historia de los pueblos del Caribe para libertarse de sus amos imperiales”. Y afirma: “Si no se estudia la historia del Caribe a partir de este criterio no será fácil comprender por qué ese mar americano ha tenido y tiene tanta importancia en el juego de la política mundial; por qué en esa región no ha habido paz durante siglos y por qué no va a haberla mientras no desaparezcan las condiciones que han provocado el desasosiego” [9]. Se detiene en el siglo XX, cuando la hegemonía y la perspectiva geopolítica dominante del nuevo imperio, los Estados Unidos toman por su mano a la región.

El Caribe anglófono –las islas del azúcar y las riquezas británicas en el siglo XVIII–, heredan la perspectiva del colonizador inglés, del colono ausentista, extractor de riquezas para la metrópolis, que relumbraban en palacetes y ciudades, sacadas del amargo sudor y la sangre del esclavo negro de las Antillas. A diferencia de las islas hispanas, hubo menor interés en dejar universidades, editoriales, o empresa cultural productiva entre una población, en su aplastante mayoría negra esclava. El siglo XX se hace heredero de esta situación, estimulando la crítica de sus intelectuales, en su mayoría en la diáspora, sobre el pasado y el presente, cuajado por la historia colonial. Muchos de ellos, desde Marcus

Garvey a inicios del siglo pasado, hasta los más recientes, se han cuestionado el extorsionador modelo colonial y han ido a la búsqueda, desde perspectivas multidisciplinares, de aquellas herramientas conceptuales que permitan aprehender esta realidad, propia de esta subregión y del Caribe todo, fragmentado por los imperios coloniales.

Tal es el caso de Kamau Brathwaite, historiador, poeta, ensayista y también filósofo, nacido en Barbados y con una vasta obra académica y editorial en Jamaica. Edward, (su nombre original inglés), fue a Cambridge a estudiar historia, justo la que se enseña en los centros de poder. Su doctorado lo defendió, no sin tropiezos, en Sussex, en 1968 y allí estudia un tema espurio: la cultura popular de los esclavos traídos de África occidental a Jamaica y la pervivencia de su herencia ocultada durante siglos, la cual no quedó separada ni desconectada de los esclavos africanos y de sus mantenidas tradiciones. Esta herencia resiste aun en la profundidad del tiempo, y aunque a ocultas, el autor se lanza a demostrarlo a través del estudio de diarios, historias recogidas de fuentes populares y la revisión de cierta papelería en archivos británicos. Ellos le informaban sobre el nacimiento, las relaciones familiares, la muerte, la religión, y le mostraban que la conexión con África no es cosa del pasado, a pesar de la no existencia de registros, una vez que la plantación, la esclavitud y la trata no alentaron bibliotecas ni archivos tangibles, más allá de los que se encuentran en el canto, la memoria, lo oral, y el espíritu.

Estos son años fundacionales para el Caribe anglófono. Ya otros habían iniciado la crítica a las herencias metropolitanas en la recién creada universidad de las Indias Occidentales en Mona, como centro de crítica y de vuelta a la realidad propia. Un grupo hace leyenda. Es el *New World Group* y su revista del mismo nombre. Ellos se interesan por la historia y las raíces de la deformada economía insular. Kamau se vuelca con ellos a “los mismos pecados, la misma pena, el mismo sol, el mismo mar, el mismo brillo esperanzado”. Es el momento del fin de la dependencia colonial y de renacimiento como estados independientes que reafirman su identidad y su cultura. Hay que deshacer incluso los modos y método de conocer, y desaprisionar los valores despreciados y alienados por el pasado colonial.

Brathwaite es rebelde ante la voz acostumbrada e instituida. Es precisamente contra ella que reacciona para buscar y publicar la propia. Es contra la autoridad académica, la metodología de investigación mohosa que reacciona, siempre tratando de encontrar la voz, darla, a aquellos que han quedado en el ocaso de una realidad. Una metáfora, un poema irresuelto, lo lanzaban a la investigación y le llevaban a visualizar las raíces africanas, el ir y venir de un mundo en otro. Buscar a África en el Caribe era romper con las normas y desafiar los fundamentos del saber occidental, revelar otra lógica y otra episteme.

Para ello se auxilia de herramientas y conceptos, que como aperos de pesca, tira sobre la realidad isleña para aprehenderla y comprender su esencia. Por eso se vale de conceptos como “*creolization*”, “*Nam*” y “*nation language*”. *Nam* es un concepto que he desarrollado –dice, “en un continuo esfuerzo por entender y encontrar palabras para nuestra particular/peculiar experiencia caribeña” [10]. Realmente se necesitan otros nombres “que nos abarque, a todos nosotros que arribamos del Pasaje Medio”, siendo este esfuerzo una tarea meritoria de su obra ensayística que le lleva a trascender, y le ubican en ese espacio borroso de la filosofía y el pensamiento crítico, de una reflexión dada tanto en sus ensayos como en su poesía.

Brathwaite es crítico del concepto de cultura letrada y elitista en el mundo occidental, “existencialmente externalizada en edificios, monumentos, libros y artefactos de la civilización” [11]. Para entender la religión del esclavo hay que entender otras formas de expresión de la cultura religiosa africana, la cual es inmanente, se porta en el individuo/la comunidad, no obstante sobrevive sumergida y fragmentada, como otras formas de expresión cultural y de la vida cotidiana, y de la lengua, ese ámbito “donde quizá el amo aprisionó más exitosamente al esclavo, y fue en su (mal) uso de ésta, donde quizá se rebeló más efectivamente” [12]. Para entender la cultura de los pueblos del Caribe hay que franquear los valores asumidos como tal por el mundo occidental. La música basada en escalas tonales y la danza en tradiciones coreográficas, no son ni ruido ni libertinaje. La historia también puede ser cantada y no siempre es un texto escrito. Semejante conclusión deviene filosófica en manos de Kamau.

Para el pensador, el concepto *nation language* es el lenguaje de Jamaica y de los pueblos caribeños, y es el concepto de este mundo que le permite acercarse a una problemática tan compleja como referir la realidad dual, la impuesta por el colonizador británico y la realidad del habla del esclavo, del oprimido. Es el problema de la lengua del Caribe y del uso del inglés, diferente a la “norma”, o como prefiere llamarlo: “el inglés en un nuevo sentido”, el *nation language*, que difiere de la lengua impuesta en gran parte del archipiélago, de la lengua imperial, como el francés, el holandés y el español.

El *lenguaje nación*, “es el tipo de inglés hablada por la gente traída al Caribe”, es el inglés, la lengua “de los esclavos y trabajadores, los sirvientes que fueron traídos por los conquistadores” [13], pese a que el lenguaje del sistema educativo, dominado hasta entonces por la maquinaria educativa colonial reconocía y mantenía la lengua del conquistador, del plantador, de lo oficial, del predicador anglicano, haciendo que la gente educada sepa más sobre los reyes y reinas inglesas, que sobre los propios héroes nacionales, se sea más sensible a la caída de la nieve que la fuerza de los huracanes que ocurren cada año... Sin embargo, considera, si el inglés “nos ha dado el pentámetro”... “el huracán no ruge en pentámetros” [14]. El ‘lenguaje nación’, no es un “mal inglés”, un “inglés inferior” o un “dialecto”. El lenguaje nación se distingue por la oralidad, la poesía, la tradición de la palabra hablada, el ruido que forma parte del significado, la pérdida del sonido y el ruido cuando es escrito, y por lo tanto, la pérdida de parte de su significado. El ‘LN’ es también expresión total y no individualista, aislada, como lo es en el acto de lectura de textos impresos.

Kamau es consecuente con su crítica a los modelos impuestos, a la norma hegemónica que ha fragmentado y sumergido la cultura y la voz de los pueblos antillanos. Él busca dar visibilidad, rescatar y dignificar el lenguaje que ha calibanizado la lengua del amo, reclamando ese lugar diferente de enunciación, abogando por una letra y una grafía distinta.

Sin dudas, descubrir a este autor, nos deja ante un pensamiento que se levanta sobre una realidad y la aprehende. Esta obra es disruptiva, crítica, indagatoria, busca expresarse y encontrar esos justamente los conceptos, las abstracciones que le permiten ser una forma

peculiar de filosofía, algo común a otros pensadores del Caribe anglófono como son C. L. R. James, G. Lamming, de E. Williams, o de sus más contemporáneos Walter Rodney, Lloyd Best, Norman Girvan o Silvy Wynter. Ellos han volcado su esfuerzo a la obra reflexiva y crítica, filosófica, nacida desde la profundidad del estudio de la realidad antillana.

Una situación muy conmovedora se nos presenta en el Caribe francófono. Tal vez sea notoria una preocupación que siendo local, peculiar, es universal, caribeña. Intelectuales como Aimé Césaire, Frantz Fanon, Edouard Glissant, Jean Bernabé, Patrick Chamoiseau, Raphaël Confiant, y pensadores haitianos como Jean Price-Mars, Jacques Roumain, Jacques Stephen Alexis, Gerard Pierre-Charles, René Depestre, dan muestra de un mosaico de textos e ideas que vienen a confirmar la hipótesis del presente esfuerzo. Todos conforman ese conjunto de autores, de pensadores, que han sistematizado y dejado en textos escritos, en la lengua de Próspero, una inmensa obra, y conceptos y categorías con los cuales se puede apresar y aprehender la vida insular.

Por ello, para hablar de la filosofía en el Caribe, hay que deshacerse de esa perspectiva aprendida, seguida al dedillo y recuperar a la obra reflexiva, filosófica que permite descubrir los resultados del impacto de la dominación, la ruptura, la fragmentación y una unidad que es submarina, así como expresa la necesidad de integración, alentada hoy por las cambiantes realidades políticas y económicas del continente. Es menester ensanchar la concepción académica, profesoral, disciplinar de la filosofía y visibilizarla en la discursividad política, cultural, artístico-literaria, poética, religiosa, más allá de las formas aceptadas por la academia, la disciplina y el oficio.

Si bien en el Caribe no se han escrito tratados, sí se ha reflexionado a profundidad sobre temas como: el problema del negro y la raza; la identidad, (la caribeñidad, la antillanidad); la revolución y el sujeto de la misma que se universaliza como sujeto del cambio en el tercer mundo; la historia; la magia y la religión caribeña; la insularidad. Como dijera Rex Nettlefor, “los pueblos del Caribe nunca sucumbieron a la indulgencia binaria del

Conquistador” [15] pero si han dejado historias y reflexiones, conceptos, nociones, dignas de ser detalladamente expuestas en un proyecto mayor.

De tal guisa, hacer visible y revelar la trascendencia del pensamiento insular es menester, para que al mismo tiempo que se cite a Sartre se haga también a Fanon, para que se conozca a Heidegger y también a Césaire, pues si bien Descartes o Hegel han sido filósofos esenciales en la historia occidental europea, en el Caribe ha habido una conjunto de pensadores con una obra escrita, trascendente en la historia del pensamiento, desde la indisciplina congénita de formas de expresión, desde la creación literaria, la poesía, la música, el discurso político, la reflexión urgente, que se registra en formas generales, regulares y universales de los fenómenos estudiados, es decir, sus universales.

La emancipación no es solamente un fenómeno político, jurídico, sino también cultural, que llega hasta el saber, la episteme o las condiciones de posibilidad del conocimiento que sustentan la consideración de nuestra independencia y autonomías. Por ello es propósito desenajenar el oficio, de-colonizar, “desfilosofar” la filosofía, como se pretende por la filosofía intercultural; e in-disciplinar y franquear los modos estrechos de considerarla una disciplina académica, de modo tal que se dinamicen las estructuras administrativas, las dinámicas académicas.

Nuestra América, como aseveraba Martí, debe lograr que la independencia no sea simple cambio de formas, sino “cambio de espíritu”, para que se salve de sus yerros, y se enseñe su historia al dedillo, injertando “en nuestras repúblicas el mundo” pero donde el tronco sea nuestro. Es apremiante cambiar esa visión del continente “con pecho de atleta, manos de petimetre y frente de niño”, y dejar de ser esa máscara, “con los calzones de Inglaterra, el chaleco parisiense, el chaquetón de Norteamérica y la montera de España”. Pues como reconoce el pensador cubano en ese manifiesto suyo –“Nuestra América”– de una filosofía distinta en nuestro mundo, la colonia pervive aun hoy, como ese “tigre espantado del fogonazo, que vuelve de noche al lugar de la presa”. Y debe morir “con las zarpas al aire, echando llamas por los ojos” con “el influjo de la lectura crítica” de estos hombres y mujeres que le están “naciendo a América, en estos tiempos reales” [16].

Si Próspero como luz que disipa la ignorancia, es el filósofo rey que le da a Caliban el lenguaje, también tiene ello su riesgo. Caliban no será nunca más igual, como tampoco Próspero. “¡Me habéis enseñado a hablar, y el provecho que me ha reportado es saber cómo maldecir! ¡Que caiga sobre vos la roja peste, por haberme inculcado vuestro lenguaje! –le recrimina Caliban [17]. Hoy Caliban se yergue de su sueño abyecto –como al final del drama– para reconocerse en su mismidad. Si Próspero asumió su riesgo al entregarle el lenguaje, hoy Caliban tiene su discurso y sus conceptos.

NOTAS

- [1] Ver George Lamming. *Los placeres del exilio*. La Habana: Casa de las Américas (s/f).
- [2] Ver más detalles sobre la naturaleza de la filosofía en: *Las razones de Caliban...*
- [3] Hegel, G. W. F. *Enciclopedia de las Ciencias Filosóficas*. La Habana: Instituto del Libro, 1968; México: Editorial Porrúa 1977. §1 y 3.
- [4] Ídem.
- [5] Ídem, epígrafes § 10 y 12.
- [6] A pesar de los diferentes modos de considerar al Caribe, los cuales heredan la perspectiva fragmentada, balcanizada, dividido en Caribe hispano, anglófono, francófono, holandés, aquí se tiene en cuenta una perspectiva pancaribeña insular. Y se ha limitado el estudio de la obra filosófica de los pensadores, al Caribe insular, porque dinámicas y apegos académicos, hacen que la obra teórica de pensadores del Caribe mexicano, colombiano o venezolano, (también hispano), se ajusten a designios administrativos y tradiciones de las academias de sus países continentales.
- [7] Según Esteban Montejó, personaje principal de *Biografía de un cimarrón*, de Miguel Barnet, cuando finaliza la colonia (1898), hay fiestas callejeras, mientras el poder de la ocupación se encargaba, una vez más como poder, de silenciar los festejos populares, prohibir la algazara, y hacer actos oficiales. Sin embargo, los tambores no cesaran de sonar. Ver: Miguel Barnet, *Biografía de un cimarrón*.
- [8] Ver: Juan Bosch. *De Cristóbal Colón a Fidel Castro. El Caribe frontera imperial* (1970).
- [9] Ídem.
- [10] Kamau Brathwaite. *La unidad submarina. Ensayos Caribeños*. Selección, estudio preliminar y entrevista de Florencia Bonfiglio. Buenos Aires: Katatay, 2010.p. 65.
- [11] Ídem, p. 66.
- [12] Ídem, p. 97.
- [13] Ídem, p. 117.
- [14] Ídem, p. 123.
- [15] Rex Nettleford. Introducción a *Regreso, regreso, regreso al hogar* de George Laming. Obra cit. p. xi.
- [16] José Martí. *Nuestra América*, en: *El Partido Liberal*, México, 30 de enero de 1891. *Obras Completas*, t. 6, La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1975, pp 15-23.
- [17] Citado de la edición cubana de *Comedias* de William Shakespeare. (La Habana. Editorial de Arte y Literatura, 1982. Traducción de Luís Astrana Marín), pág. 30